

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 65. — De mi cuaderno de recortes (extractos del Weekly Times, Liverpool Review y Liverpool Courier; pág. 67. — Inglaterra y el Transvaal (continuación), traducción por el señor Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; pág. 73. — La Reconstitución (continuación), por don G. M. Secc, coronel de Infantería; pág. 77.

Pliegos 91 y 92 del tomo II del **DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES**, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: **TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO**; pliegos 47 y 48. Traducción y ampliación por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRÓNICA GENERAL

NOVEDAD EN EL ARTILLADO DE LOS BUQUES DE GUERRA.—MORTEROS PROPUESTOS POR LA CASA SCHNEIDER DE EL CREUSOT.—INFLUENCIA DE TALES PIEZAS EN LA DEFENSA DE LAS COSTAS.—PROCLAMA DEL EMPERADOR GUILLERMO Á LA GUARNICIÓN DE BERLÍN.—LAS COSAS DEL «KAISER.»

Generalmente se admitía que los buques de guerra no podían llevar morteros á bordo, porque en este género de piezas, siendo próxima á la vertical la dirección del retroceso, todo el efecto del mismo había de sufrirlo más ó menos directamente el puente del buque, resultando en resumen muy complicada la instalación de tales bocas de fuego.

La casa Schneider, del Creusot, ha roto con ésta, que casi podría llamarse tradición de la marina militar, construyendo morteros especialmente dispuestos para ser colocados á bordo de las naves de guerra. El *Engineering* (n.º 1756) ha publicado la descripción de esos morteros, y la *Rivista di artiglieria é genio* ha extractado hace algún tiempo dicha descripción, creyendo nosotros útil hacernos eco de esta novedad, por la influencia que pudiera tener en las guerras de costa del porvenir.

Los morteros proyectados ó construídos son dos: uno de 22 centímetros y otro de 15 centímetros de calibre, siendo los datos principales relativos á estas piezas las que se insertan á continuación:

MORTERO DE 22 CENTÍMETROS

Peso del mortero.	3.500 kilogramos
Peso del afuste.	11.600 »
Peso del proyectil	116 »
Velocidad inicial máxima.	300 metros
Sector de tiro vertical.	$\begin{cases} 5^\circ \\ 60^\circ \end{cases}$

MORTERO DE 15 CENTÍMETROS

Peso del mortero.	480 kilogramos
Peso del afuste.	2.700 »

Peso del proyectil	40 kilogramos
Velocidad inicial máxima	200 metros
Sector de tiro vertical.	$\left\{ \begin{array}{l} -5^{\circ} \\ 60^{\circ} \end{array} \right.$

Cada mortero tiene una plataforma, fija en el puente del buque, sobre la que el afuste puede girar alrededor de un eje vertical, permitiendo así realizar la puntería en dirección. El afuste tiene su forma naturalmente apropiada al enorme sector de 65° que en sentido vertical ha de recorrer el mortero. El esfuerzo de retroceso de éste se anula por medio de dos poderosos frenos hidráulicos, y además queda sin duda absorbido en gran parte por la masa del afuste, que, si las cifras precedentes son exactas, es enorme, pues el del primer mortero pesa más de 11 toneladas, y cerca de tres el del segundo.

Suponiendo que la experiencia demuestre el valor práctico de esos morteros, cuyas condiciones balísticas desconocemos, debemos hacer notar que, hasta el presente, ningún influjo serio pueden ejercer en las defensas del litoral. El tiro del mortero es naturalmente incierto, y el daño que pudieran causar sobre blancos colosales, como son las poblaciones, pueden casi siempre realizarlo con mayor ventaja y desde mayor distancia, los cañones. La única ventaja positiva de los morteros consiste, pues, en batir aquellas defensas que, hallándose cerca de la costa, se encuentren ocultas á los fuegos directos de los buques. Mas como, en estas circunstancias, no será fácil desde las naves observar y corregir el tiro, resulta en resumen poco menos que ilusoria la ventaja de los morteros. Mucho mayor sería si estas piezas pudieran prodigarse en los buques de guerra; pero no siendo esta la tendencia que se observa en las construcciones navales, hemos de concluir negando eficacia actual á los morteros, por lo menos contra plazas regularmente artilladas.

Esto no rechaza la posibilidad de que los morteros causen daño en las obras de defensa; pues por incierto que sea un disparo, al fin puede caer en paraje donde produzca grandes efectos. Lo único que queremos decir es que esta nueva arma de los buques no es bastante poderosa para obligar, hoy, á cambiar los detalles técnicos de las obras. En el conjunto de éstas podrá ejercer más influjo, induciendo al que las proyecte á no aglomerar construcciones complejas y muy visibles en lugares que puedan ser fácilmente batidas; pues tales construcciones no dejarían de sufrir mucho recibiendo proyectiles de 116 kilogramos, probablemente cargadas de muy respetable cantidad de materias explosivas é incendiarias.

*
* *

Sabido es que para los alemanes, ó cuando menos para el emperador Guillermo, estamos en pleno siglo xx. Con motivo de haber entrado en este nuevo período cronológico, el soberano alemán ha dirigido al ejército en general y á la guarnición de Berlín en particular, órdenes ó proclamas que revelan bien á las claras la originalidad del que las ha concebido. Hay en ellas párrafos vehementes, que aplaudimos, á pesar de su crudeza, porque creemos que con el sistema de los *pasteleos* no se va á ninguna parte buena. «¿Qué era nuestro ejército — dice — al comenzar el siglo pasado? (el xix)... El glorioso ejército de Federico

el Grande se había dormido sobre sus laureles y convertido en una momia rindiendo culto al pasado. Estaba mandado por generales ineptos para la guerra y debilitados por la edad, y el cuerpo de oficiales había perdido el hábito de trabajar, agotaba sus energías entregándose al lujo y á la lujuria, sin cuidarse absolutamente de nada. En una palabra, el ejército no estaba á la altura de su misión; la había olvidado. El castigo que Dios impuso á este pueblo y á este ejército fué severo. El ejército prusiano fué hecho polvo, la gloria de Federico se eclipsó, sus banderas fueron destrozadas. Durante los siete años de una esclavitud dura, Dios enseñó á nuestro pueblo á *regenerarse* (!!!...), y bajo la presión de la bota de un conquistador insolente, Prusia reconoció que el mayor honor para un pueblo era el de hacer á la Patria el sacrificio de sus bienes y de su sangre: la idea sublime del servicio militar para todos había nacido... Trabajando mi abuelo con calma, elaboró el plan de reorganización de nuestro ejército á despecho de la resistencia que le oponían espíritus poco perspicaces.»

¡Pero, qué cosas dice ese emperador! ¡Reconocer *oficialmente* que ha habido generales ineptos, oficiales poco trabajadores, ejército que no ha estado á la altura de su misión, soberanos que han trabajado con calma en la reorganización de la fuerza armada, países que, heridos por una bota insolente, han sabido regenerarse!... ¡Qué cosas, señor, qué cosas!

NIEMAND.

2 de marzo de 1900.

DE MI CUADERNO DE RECORTES

Nada nuevo bajo el Sol

INDICIOS DEL CARÁCTER BOER

En una carta de Durban del 18 de diciembre, un corresponsal de la Asociación de la prensa dice: puedo comunicar algunos interesantes detalles relativos al primer movimiento de los boers en la frontera del Natal. El día que fué declarada la guerra, el comandante Erasmus salió del territorio del Transvaal con una fuerza que ascendía, aproximadamente, á 5.000 hombres. Se verificó un consejo de guerra para acordar lo que había de hacer esa fuerza y, el general Joubert, en las deliberaciones, desplegó toda la prudente astucia característica de los boers. En esta ocasión creía firmemente que Laigns Nek había sido minado y rechazó la idea de una marcha directa al Natal; en consecuencia, Erasmus tuvo que conducir sus tropas á través de las montañas de Drakensberg y, como añadidura á los trabajos que una marcha continua á través de un distrito muy quebrado implicaba, en cuanto las tropas llegaron á las alturas, principió á llover. Un corresponsal que acompañaba á los boers en esta jornada, al conversar conmigo hizo grandes elogios de la resistencia á la fatiga desplegada. Las jornadas á través de las montañas duraron tres días y se soportaron sin ninguna queja; los hombres estaban, prácticamente hablando, sin alimentar, y cuando terminaron el paso de las montañas, establecieron su campamento alrededor de algunos pocos árboles, como es costumbre en el Africa meridional.

Los boers se encontraron, después del frío y cansancio de la marcha, con un día extremadamente cálido en el país llano. Erasmus, en seguida, desplegó sus escuchas y envió una partida bastante fuerte en la dirección de Dundée; al mismo tiempo dirigió su principal columna hacia una larga cadena de cerros. La vanguardia siguió adelante sin precauciones y, al entrar en un recodo del camino, se encontró cara á cara con una patrulla de lanceros. Los boers se quedaron sorprendidos; pero el *field cornet* que los dirigía, encontró prudente no hacer fuego á los lanceros. Un entusiasta joven africaner se preparó á hacer fuego con su rifle; pero el *field cornet* se dirigió á él al galope de su caballo y le quitó el rifle de las manos. Los boers se retiraron apresuradamente, y es evidente que los lanceros no tenían orden de hacer fuego. Este fué el primer encuentro de las patrullas de los dos ejércitos.

Erasmus ordenó una retirada general de los cerros; pero por la tarde mandó volver á ocuparlos y ordenó que los hombres permaneciesen al lado de sus caballos toda la noche. Nada sucedió durante la noche y la fuerza permaneció en los cerros hasta que se realizó el ataque de Dundée. Después que Erasmus y su fuerza salieron á ejecutar lo anteriormente explicado, Joubert envió á buscar á Pretoria un ingeniero conocedor del ferrocarril de Netherlands. Llegó al siguiente día. Inspeccionó el tunel de Laigns Nek é informó que no ofrecía peligro de ninguna clase. El general entonces inspeccionó la localidad y dispuso que se montase un cañón en Pugwani, una montaña más alta que Amajuba y que domina el distrito colindante.

El emplazamiento de un cañón de sitio en esta montaña, ha sido concisamente indicado por los telegramas; pero como es un hecho que da noción del carácter del enemigo y puede servir de lección, voy á tratar del incidente con algún detalle. Acompañaban á las fuerzas boers en Natal, dos personas que habían sido agentes en Pretoria de una casa de comercio que había vendido al Transvaal la mayor parte de las armas de fuego, municiones y grandes cañones. A una de estas personas ordenó el general Joubert que informase sobre el mejor modo de subir cañón á la cima de Pugwani. Es digno de notar que, el general boer, no tenía el menor pensamiento sobre la imposibilidad de la empresa. El esperto se dirigió á la pendiente montaña, hizo prolijos cálculos é informó que, lo que el general quería, no podía ser hecho y, por consiguiente, pidió al viejo caudillo que abandonase la idea. ¡Pues debe hacerse! fué la contestación del general contestación que no admitía réplica.

Al día siguiente por la mañana, Joubert empleó una partida de 500 burghers de Wakkerstroom, en construir un camino á la cima de la montaña. Los labradores se pusieron á la obra con voluntad y pronto desgajaron, de la desigual ladera, muchos grandes peñascos. Cuando se concluyó, resultó un camino muy tosco; pero que satisfizo á Joubert; se uncieron gran número de bueyes á la cueña del cañón; pero cuando se les puso delante de la pendiente cuesta, no se les pudo hacer adelantar. Otra vez los burgueses de Wakkerstroom fueron llamados y prontamente emprendieron la tarea de empujar la pesada pieza de artillería á la cima de la montaña. Puesto el cañón en movimiento, la terminación de la obra era sólo cuestión de perseverancia y, el extremadamente trabajoso transporte, fué cumplimentado.

Hago referencia á estos pasos iniciales de la guerra, porque tienden á ilus-

trar la perseverante naturaleza de nuestro enemigo. Al establecer su plan de campaña, muestran la misma perseverancia de intento que más tarde en Modersriver y Magersfontaine y, esta fuerza de voluntad les ha hecho, en extraordinario grado, capaces de hacer lo que impediría una gran falta de disciplina. Sobre este punto debo mencionar que, el boer en acción, lleva á cabo sus movimientos con discreción y prudencia no dispuestas en las órdenes del comandante, y que, en el campo y en las marchas, se atiende completamente á las órdenes. He hecho varias investigaciones en cuanto á los repuestos de municiones y víveres de los boers, y con respecto á las primeras, será sorprendente si la campaña llega á un fin inesperado por no poder proveer á los burgueses con municiones. Los talleres para hacer cartuchos y la fábrica de dinamita son muy completos y se trabaja activamente en ellos. Es posible que el repuesto de granadas se concluya pronto y el hecho de que los boers no usaron cañones en Magersfontaine conduce á creer que los almacenas de la frontera occidental se agotaron. No pueden fabricar granadas en la fábrica de Wonderfontain y todos los esfuerzos en esta dirección anteriores á la guerra fueron señalados fracasos.

El aprovisionamiento del enemigo en víveres es muy poco esmerado y, los burgueses, tienen que apelar á lo que puede llamarse su eventual ración de tasajo, á causa de que los transportes son muy inadecuados.

x = x

Campamento boer de Spion Kop, enero 16.

Hoy, poco después de medio día, se supo, en el campamento boer, que 300 britanos habían cruzado Pont Drifte sobre el gran Tugela, los cuales se habían instalado en la orilla Norte. Una demostración en fuerza había sido hecha hacia Colenso..... etc.

Hacia las cinco se dió alarma, porque las fuerzas británicas estaban avanzando..... etc.

A las seis y media tomaron posición, con silencio completo de parte de los boers. Los caballos de éstos se ataron reunidos en puntos donde parecía menor el peligro de las granadas extraviadas, y los hombres se prepararon á pasar la noche en sus puestos.

La obscuridad había llegado, y sólo grandes relámpagos iluminaban las nubes tempestuosas de la tormenta que todo el día había estado amenazando. Luego se dispararon en parte y brilló la luna.

Al aclararse el cielo, los muy conocidos himnos holandeses se cantaron por los boers y se repitieron de cerro en cerro con efecto solemne: lo mismo para los de barba gris, que para los jóvenes barbilampiños.

El lugar de la batalla que se espera, está bajo el punto de vista boer lleno de históricos recuerdos. Spion Kop, la montaña sobre la cual estoy ahora escribiendo, es la eminencia desde la cual los woortrekkers, después de cruzar el Drakensbergen, divisaron á sus pies el entonces bárbaro país de Natal.

x = x

Campamento de Chiveley, diciembre 21.

Detalles de la batalla de Colenso.—El enemigo se anticipó al ataque.—El enemigo había evidentemente esperado ser atacado en este punto (pueblo de

Coleenso y puente de la carretera) porque no solamente estaba muy fuertemente atrincherado, sino porque se vió que su artillería estaba en posición sobre todos los cerros que dominan esta comarca, y se estima que no podían tener menos de doce cañones, además de los Hotchkiss de tiro rápido cuyo estampido tiene un efecto tan aterrador. Los Devons y Queen's, formaron en línea de ataque al extremo del ferrocarril que aquí se dirige al río. Fueron apoyados por los East Surrey y West York y al llegar á tiro de las trincheras de los boers, comenzó el combate con empeño. El fuego de mauser de este período, que duró casi dos horas sin cesar, casi no se puede describir. Sólo se le puede comparar y eso dando de ello una pobre idea, al sonido una enorme granizada que cae sobre un tejado metálico,.... etc.

El desastre de Devons.—Dos compañías de los Devon y dos de fusileros escoceses, las últimas al parecer algo adelantadas de su brigada, fueron destacadas para que se adelantasen en orden abierto para apoyo de los cañones, siendo comandadas por el coronel Bullock. Parte de esta fuerza sólo consiguió llegar á un dongax, en el cual, los oficiales y soldados heridos de las dos baterías, se habían puesto á cubierto. Por la tarde, á última hora, cuando todo el mundo menos nuestros cañones navales se había retirado, y los últimos temían hacer fuego por temor de dañar á nuestros propios soldados, varios boers salieron á caballo de cerros fronteros á las baterías y se dirigieron al dongax. Uno llevaba una bandera blanca, al parecer para pedirnos la rendición. Según parece, la bandera blanca no fué vista, y dos de los boers fueron derribados por nuestros hombres desde el dongax, retirándose los demás. En seguida unos cuatrocientos boers aparecieron, y pidieron la rendición de hombres y cañones. Se dice que el coronel Bullock se negó al principio; pero como los boers amenazaron con fusilar á los heridos, cedió. Se produjo alguna discusión en cuanto á las condiciones, la cual terminó siendo derribado el coronel Bullock de un culatazo con un mauser. Se refiere que, uno de los Devons, le pegó en seguida un bayonetazo al agresor; pero el pobre muchacho lo pagó caro, porque en el acto fué muerto de un tiro. Los boers, entonces, se llevaron los prisioneros y cañones, teniendo particular cuidado de no dejarse ninguno de los oficiales de artillería heridos, excepto el coronel Long, á quien ellos evidentemente consideraban herido mortalmente..... etcétera.

x = x

Modder River, diciembre 13.

Hemos salido y hemos dado nuestra batalla (Magersfontein) y hemos vuelto vencidos, mientras, por lo que yo puedo deducir, hubiéramos debido caer sobre el enemigo con la mayor facilidad, y haber hecho prisionera toda su gente. En vez de eso, hemos hecho lo que es más perjudicial de todo: no hacer nada y retirarnos. El general Pablo Methuen, de quien tanto se esperaba, ha perdido la confianza de todos.

El domingo nos pusimos en movimiento para hacer una marcha nocturna. Una marcha nocturna no puede tener más que un objeto: sorprender al enemigo; para esto, por la tarde abatimos las tiendas, totalmente á la vista del enemigo y, de esta manera, pudo éste conocer que nos íbamos á poner en movimiento. Luego enviamos nuestra artillería, cañoneamos su posición dándole de este

modo un aviso más y así le dimos tiempo para recobrar de cañoneo antes de atacar nosotros.

Después se nos dijo que pasásemos el vado al obscurecer, que estacionásemos sin acostarnos durante la noche, para descansar hasta la una, y luego marchar sobre la posición. Yo no sé por qué no hemos pasado el vado de día, á una milla del campo, cuando el enemigo no podía vernos pasarlo. Resultó que fué difícil ver las piedras que servían para poner los pies en el vado, que la brigada tardó dos horas en cruzarlo. que la mayor parte de la gente se remojó y que no nos acostamos hasta las diez. Después llovió y nos calamos del todo; pero salimos á la una estando muy oscuro. Después vimos que íbamos mal, que la cabeza de la columna había desaparecido en la obscuridad y que no sabíamos dónde estábamos. Este es el modo que tiene un general de llevar tropas al ataque! Tan pronto como despuntó el día, vimos un fuego terrible lejos á nuestra izquierda. Parece que la brigada de montañeses (Highland Brigada) al moverse en la obscuridad en formación de á cuatro, había, inesperadamente, tropezado con la posición enemiga, con el inevitable resultado de tener muchas bajas. Pero nosotros, que nada sabíamos, en nada pudimos ayudar. Nos formamos en orden abierto y avanzamos hacia las lomas, llegando á la vista de la posición enemiga sin que pudiéramos ver otra cosa que una cadena de cerros, y oír una porción de tiros. Se me dice que lo que entonces sucedió con los montañeses, fué que éstos atacaron la posición repetidamente con la gente que pudieron reunir, las más veces no más de veinte ó treinta hombres á la par. Fueron naturalmente rechazados, porque el enemigo estaba fuertemente atrincherado. La mayoría de nosotros estábamos echados presenciando el efecto de las granadas de lidita y me chocó, como cosa notable, la ausencia completa de órdenes repetidas en este caso. El mayor, comandante de la batería, nada sabía del estado general del combate ni á que especial objeto tenía que tirar. Hizo, pues, fuego á la posición que le pareció mejor, Hacia la tarde la batería se retiró, y con otras tropas, formó su vivac en la ladera opuesta de un cerro. Se creía que el enemigo había recibido una espantosa paliza y se creía con seguridad que evacuaría la posición durante la noche como lo hizo en Modder. Por la mañana se supo que el enemigo no había evacuado la posición; de manera que, el general, pensó que lo mejor era confesarse derrotado y ponerse en retirada. Porque no se intentó lo que cualquier aprendiz de táctica pudiera haber aconsejado, es decir: envolver el flanco enemigo, es desconocido para mí. Y si no ¿por qué no nos quedábamos donde estábamos? y también ¿por qué no se cañoneaba la posición? Pues nada de esto: después de enviarle unas pocas de granadas, recibiendo en cambio muchas más, hicimos una precipitada retirada, aunque ordenada, á este campo y dejamos que el enemigo se vanaglorie de su victoria y que tranquilamente se refuerze otra vez en la posición. ¡Esto es monstruoso!

x = x

El *Sketch* da á luz esta semana un facsimile de un periódico publicado en Ladysmith durante el sitio. Es una entretenida publicación llamada la *Lira de Ladysmith*. El editor pone el siguiente divertido encabezamiento.

La *Lira de Ladysmith* se publica para satisfacer una necesidad hace tiempo sentida. Lo que se necesita, en una ciudad sitiada, y sin comunicación con el

mundo, son noticias que se sepa, á ciencia cierta, que son falsas. Los rumores que pasan de una á otra persona, todo el mundo sabe que pueden ser alguna vez falsos. Nuestras noticias garantizamos que serán falsas. Para recoger y preparar mentiras, no evitaremos ningún esfuerzo ni gasto. Es posible, sin embargo que, aun en el periódico mejor dirigido, se puedan colar, sin poderlo impedir, algunas verdades; para evitar á nuestros lectores el trabajo de desecharlas, las publicaremos en una columna especial.

Entre las últimas liras de la *Lira de Ladysmith* se encuentran éstas de nuestro *irresponsal*:

La artillería destinada á la campaña del Africa del Sur, se enviará tan pronto como se reciban, de las fábricas alemanes, las municiones necesarias...

Aparece esto en las noticias locales:

La señora de Kruger, cuya salud es excelente, se queja de que el presidente se está haciendo demasiado inglés. Ya no se mete en la cama con sombrero ni botas... etc.

x = x

Uncle Kroojer sits at home
 See'im, Bobs!
 Thinkin'e's the Pope o'Rome—
 Y say Bobs!
 Kroojers s' andy with the knocks
 An'as artful as a fox:
 Who's a-goin'to give'im socks?
 Well—A's Bobs!

ó lo que es lo mismo:

El tío Kruger está sentado en casa
 Ya lo ves Bobs!
 Pensando que es el papa de Roma
 Te lo digo Bobs!
 Kruger es diestro en dar golpes
 Y astuto como una zorra:
 Quién le dará para calcetines?
 Tú le darás Bobs!

Nota: El personaje llamado Bobs, es el veterano y valiente general en jefe del ejército inglés del sur de Africa Lord Roberts, y la estrofa copiada es una imitación del conceptuoso y casi pentacróstico poeta inglés Rudyard Kipling, el Góngora moderno.

(Extractos del *Weekly Times*, *Liverpool Review* y *Liverpool Courier*).

INGLATERRA Y TRANSVAAL

(Continuación.)

Pero los combates motivados por el cerco de los generales Hildyard y Barton fueron debidos á la iniciativa inglesa. En repetidas salidas, inútilmente trataron de romper el cerco y de efectuar su unión los grupos de Weston y Estcourt. Aunque los relatos superficiales de estos combates no permiten formar juicio completo sobre la conducta de los boers, ha de reconocerse, sin embargo, que éstos sacaron hábil partido del terreno y de las ventajas de sus posiciones, y que supieron resistir con tenacidad los esfuerzos hechos por los ingleses para salir de la situación comprometida en que se encontraban; pero también aquí, lo mismo que en el largo asedio de White, en Ladysmith, notamos que á los boers les falta el factor imprescindible para obtener triunfos positivos en todo hecho de armas: la ofensiva táctica, enérgica y persistente, hasta llegar al acto decisivo. Si esta deficiencia es producto del sistema de combate y educación táctica de los boers, ó culpa del mando ó de otras circunstancias, no podemos todavía apreciarlo con los incompletos relatos que nos llegan del teatro de operaciones, aunque del curso de los acontecimientos militares en Natal se llega ya á la persuasión de que la excelencia de los métodos de guerra de los boers estriba en la facultad de mover con destreza grupos separados para ocupar posiciones que coarten la libertad de operaciones del enemigo, y en defender con tenacidad estas posiciones, mucho más principalmente que en utilizar esta movilidad para llegar al desenlace táctico definitivo.

Careciendo de esta aptitud, y dada la distribución de fuerzas de ambos partidos, corrían los boers el riesgo de que se perdiera la cohesión de sus operaciones en Natal, de que con la serie de acciones parciales en Ladysmith, Estcourt, Weston, y Pietermaritzburg desapareciese la unidad de conjunto, y, por último, se exponían también á no poder dominar en el punto decisivo, Pietermaritzburg, la superioridad numérica que el enemigo iba acumulando sucesivamente. Las consecuencias de una diseminación tal de fuerzas y de la incapacidad para resolver la situación por medio de una ofensiva rápida y vigorosa, parece que fueron meditadas por los presidentes de ambas repúblicas boers. Por lo menos, á su influencia se atribuye el que el general Joubert, renunciando á su plan, levantara el cerco de las tropas inglesas de Estcourt y del río Mooi, y se retirara á Colenso con el grueso de sus fuerzas.

El plan de operaciones que después adoptó tenía por objeto reunir un cuerpo suficiente delante de Ladysmith para someter al general White, mientras concentraba el grueso de sus fuerzas detrás del Tugela, á fin de detener al general Clery cuando intentara socorrer aquella plaza. Una vez capitulado Ladysmith é incorporado el cuerpo de sitio, debía presentarse á los ingleses la batalla decisiva, al mismo tiempo que otro cuerpo, formado con la reunión de las partidas distribuídas á vanguardia, á ambos lados de la vía férrea Pietermaritzburg-Durban, y quizá también con la columna Schalk Burgher, atacaría de revés á Clery y le cortaría la retirada.

Dada la situación estratégica y el objetivo principal que perseguían los boers, merece el plan adoptado la preferencia sobre las acciones parciales é incoheren-

tes, en las cuales podían haber degenerado las operaciones anteriores de Joubert. Hemos indicado anteriormente que un avance demasiado pronunciado hacia el sur sólo podían efectuarlo los boers sacrificando sus propias fuerzas, sus aptitudes, y aquella particularidad de su táctica, merced á la cual habían logrado la mayor parte de sus triunfos. Hay que considerar también que el objeto de la guerra para los boers consiste, sobre todo, en asegurar su propia independencia y en precaver á su territorio de toda invasión enemiga; y así, pues, sus operaciones tenían un objetivo relativamente limitado, que lo mismo podía alcanzarse en Colenso que en Pietermaritzburg; pero en el primer punto era más fácil de lograr, teniendo en cuenta lo favorable del terreno, y que, siendo la línea de comunicaciones más corta, debilitaría menos las fuerzas combatientes.

La circunstancia de elegir para la batalla decisiva la posición detrás del río Tugela, cuyo puente de la carretera trataron en vano de destruir los boers, mientras el del ferrocarril lo había sido ya el 15 de noviembre, supone que se carecía de una de las condiciones indispensables en todo hecho de armas decisivo, esto es de la posibilidad de tomar la ofensiva, único medio de garantizar un triunfo definitivo. Por más que esta circunstancia de la posición elegida estuviera atenuada por la disposición en virtud de la cual un cuerpo especial, encargado de la parte ofensiva del plan, debía avanzar contra la retaguardia de los ingleses, ya concentrados en Frere y que iban reuniendo las demás fuerzas disponibles al sur del Tugela, de todas maneras, esta separación de las fuerzas combatientes en dos grupos, sin inmediato contacto y sin comunicación fácil, podía ser para los boers de trascendencia fatal en el acto decisivo que buscaban. Ciertamente es que los boers demostraron en las primeras operaciones de la guerra una habilidad tan especial en los movimientos, sobre todo los estratégicos, efectuados por columnas separadas, que no era llegado el caso de deducir, para la situación en que se encontraban en Colenso, consecuencias desfavorables al logro del acto decisivo; sin embargo, siempre rige la máxima fundamental «marchar separados y combatir reunidos», y sólo en lo porvenir será posible afirmar que las circunstancias en Colenso justificasen la inobservancia de esta regla.

Mientras que el cambio de plan de operaciones en el teatro oriental originaba una tregua en los sucesos militares, desplegaba lord Methuen desde Orange Station una extremada actividad en el teatro occidental. Después de haber recompuesto el puente destruido sobre el río Orange, emprendió la marcha el día 21 hacia Belmont con parte de sus tropas, unos 6.000 hombres, llevando sólo cada individuo el saco de pan, fusil, y municiones, y dejando á retaguardia el equipo restante por no tener ganado de transporte. El terreno que debía recorrerse consistía en una meseta casi llana, interrumpida únicamente por el Kaffirs Kop (5 kilómetros al sur de Belmont y á 25 kilómetros del campamento inglés) y algunas líneas de alturas de 100 á 200 pies de elevación, situadas delante de aquel cerro. El día 21 marchó hasta Witteputs, donde acampó bajo el constante tiroteo de partidas boers; el día 22 llegó á Devendale (8 kilómetros al sur del Kaffirs Kop). El día 23, á eso de las 4 de la mañana, atacó la vanguardia (granaderos de Guardia y fusileros de Northumberland) la primera serie de colinas, que fueron tomadas sin dificultad á los boers, sorprendidos. A pesar de un nutrido fuego recibido desde la segunda colina, atacaron ésta los guardias, y,

reforzados con la 9.^a brigada, rompieron un violento fuego contra la tercera cadena de alturas, donde se habían establecido de nuevo los boers en número de unos 700. Cuando por los movimientos de las tropas restantes (Yorkshire y Scotguards, caballería y artillería) se atacó de flanco esta posición, levantaron los boers su campamento, formado por 12 ó 15 carretas de bueyes, y se replegaron á su posición principal del Kaffirs Kop, abandonando dos carros de municiones. Al ejecutarse la orden de lord Methuen para atacar la tercera serie de alturas, la encontraron los ingleses sin defensores, pero fueron recibidos con un intenso fuego desde la posición dominante del Kaffirs Kop. Careciéndose de suficiente artillería, no había que pensar en la toma de esta posición; en vista de ello y de haber encontrado la caballería inglesa grandes obstáculos en las abruptas colinas inmediatas al Kop, ordenó lord Methuen, á las 8 de la mañana, suspender el combate, que tan costoso había sido para los ingleses, y se retiró al río Orange. Logró ciertamente el triunfo expulsando á los boers de tres posiciones avanzadas consecutivas, pero al renunciar al ataque de Kaffirs Kop y retirarse al río Orange, no pudo considerarse victorioso.

En la noche del 24 al 25 de noviembre, avanzó otra vez lord Methuen hacia el norte con todas sus tropas (unos 10.000 hombres), llevando todo el equipo y los trenes disponibles. Formaban la columna de marcha la 9.^a brigada (1.^o de fusileros Northumberland, 1.^o Royal North Lancashire, 2.^o Berkshire y 1.^o de fusileros Royal Munster), la brigada naval con la infantería de marina, dos baterías de artillería, y el 9.^o regimiento de lanceros, mientras que los guardias, escoltando el tren y las columnas de municiones, constituían la retaguardia. Para mayor seguridad, y á causa del gran calor del día, se propuso marchar de noche y, envolviendo las posiciones intermedias, llegar al río Modder, cuyo paso, como condición primordial para la liberación de Kimberley, debía realizar, aun á viva fuerza si preciso fuere. En el campamento del río Orange sólo quedó una pequeña escolta.

El rodeo por la granja de Schalk para envolver el Kaffirs Kop y Belmont se había ya efectuado, y la columna se hallaba próxima á la estación Graspan, cuando la 9.^a brigada, que marchaba en cabeza, recibió fuego de una loma ocupada por unos 1.500 boers y se desordenó, al mismo tiempo que un grupo de 500 boers, pertenecientes sin duda á la guarnición del Kaffirs Kop, cayó sobre la retaguardia. Lord Methuen llevó al centro las dos baterías y ordenó á la infantería de marina que contuviera de frente al enemigo, mientras la brigada naval y parte de la 9.^a brigada envolvían la derecha; el resto de esta última unidad verificaba lo propio con la izquierda de los boers, y la caballería trataba de llegar á retaguardia del enemigo. Los boers opusieron una resistencia desesperada; tenían 6 piezas en el centro, un cañón Maxim en el ala izquierda, y un Nordenfelt en la derecha, y tiraban con gran precisión. Cuando lord Methuen ordenó el asalto, dejaron los boers que se aproximaran los ingleses, y, cuando éstos estuvieron á poca distancia y notaron la amenaza de sus flancos, montaron prontamente á caballo y se trasladaron á una posición 600 metros más á retaguardia, mientras una parte de ellos ocupó una altura situada á un costado y amenazó el flanco izquierdo de los ingleses, poniendo á su caballería en situación comprometidísima. Aunque la retaguardia rechazó todos los ataques que contra ella se dirigieron, estaba tan bien elegida la nueva posición de los boers

que combatían a vanguardia y podían batir tan eficazmente con sus fuegos la continuación del ataque, que lord Methuen ordenó suspender el combate á las 10 de la mañana, cuando llegó la noticia de que á 20 kilómetros más al norte, en Honneyfest-Kloof, se hallaba un kommando boer de unos 3.000 hombres. Este combate ocasionó sensibles bajas á los ingleses, particularmente en oficiales, siendo la brigada naval la unidad más castigada.

Sin embargo, esta acción tuvo por consecuencia el que los boers evacuaran la posición de Graspan y se retiraran hacia el río Modder, de manera que lord Methuen pudo en la noche del 26 continuar su avance, y el 27 por la tarde encontró allá las avanzadas boers. El río se hallaba entonces muy crecido, y, agua abajo de su confluencia con el río Riet, constituye un obstáculo muy considerable. Confiando en esto, los boers habían elegido indudablemente una posición concentrada y con el ala derecha de su grueso habían ocupado el punto por donde el ferrocarril atraviesa el río Riet, agua abajo y á poca distancia de la desembocadura del Modder. Su fuerza fué calculada por los ingleses, probablemente con exageración, en unos 8.000 hombres. Rechazadas al otro lado del río las avanzadas boers en la madrugada del 28 de noviembre, desplegó la brigada naval (unos 1.500 hombres) con la artillería junto al paso del ferrocarril; la brigada de la Guardia (3.000 hombres) á la derecha, y la 9.^a brigada (4.000 hombres) á la izquierda.

Durante el combate que aquí se empeñó, sostenido durante cerca de diez horas por ambas partes con gran energía y tenacidad, consiguieron indudablemente los boers mantener su posición defensiva y quedar dueños de la situación, impidiendo á los ingleses el paso á la orilla norte. Pero el general Carew logró, con parte de la 9.^a brigada, atravesar el río por mucho más agua abajo, en un punto que no estaba vigilado ni guarnecido. Este suceso, tan frecuente en los combates que se verifican para disputar la orilla de un río, dió por resultado que los boers abandonaran por la tarde su posición y emprendieran la retirada en completo orden. Puede verse en este incidente una confirmación del rumor de que en las anteriores acciones tácticas de los boers sólo se trataba de combates sostenidos por algunos cuerpos avanzados, puesto que el general Cronje, que mandaba las fuerzas boers en el teatro de operaciones occidental, proyectaba oponer al avance de lord Methuen la principal resistencia en Spytfontein, á mitad de camino entre el río Riet y Kimberley. Y efectivamente, á consecuencia del combate del Riet, no se debilitó la resistencia de los boers, ni el paso de un destacamento inglés á la orilla norte originó un peligro tan inminente que pudiera explicar el abandono de un obstáculo tan fuerte como era el río, aunque, según nuestros anteriores datos, no reunía las condiciones adecuadas para un combate decisivo. Tampoco las bajas de los boers, refiriéndonos á noticias inglesas, parece que fueron muy considerables. Así, pues, es lógico suponer que el general Cronje, con perfecto conocimiento de las reglas del arte de la guerra y siguiendo una conducta distinta de la que hemos visto adoptar al general Joubert en Colenso, detrás del Tugela, quiso presentar batalla decisiva en un punto donde se ofrecía la posibilidad de una contraofensiva, condición primordial para un éxito positivo.

Por el contrario, parece que en el combate del río Riet las tropas de lord Methuen sufrieron bajas enormes y tal quebranto en su estado físico y moral,

que fué preciso dar descanso antes de emprender de nuevo un avance mucho más difícil que el anterior. Hasta los informes oficiales ingleses consignaban el extraordinario cansancio de las tropas, y en el parte de lord Methuen se dijo que el combate del Riet había sido el más rudo de los que registran los anales del ejército inglés, lo cual se desprende de las grandes bajas experimentadas, de suma trascendencia por haber afectado, sobre todo, á los oficiales. No serán, por lo tanto, exagerados los datos insertos en la *Gaceta de Westminster*, según los cuales ascendieron á 3.000 hombres, entre muertos y heridos, los que perdió el cuerpo expedicionario inglés en estas jornadas, incluso la del 28 de noviembre.

(Continuará.)

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el

MARQUÉS DE ZAVAS,

Comandante de Estado Mayor

LA RECONSTITUCION

(Continuación.)

Ahora dígaseme si no es proclamar la invencibilidad del número é infundir la idea de inutilidad del valor, el decir, con oficial solemnidad, á las tropas: siempre que tropecéis con un enemigo más numeroso, ó que éste se coloque á vuestro flanco ó retaguardia, ó que avance á ocupar un claro de vuestra línea, ó que tenga mejor posición, os debéis considerar perdidos.

Y esto es indiscutible: el que, á juicio de sus mismos generales, está perdido, debe apelar á cobarde fuga.

En España habíamos convenido en que los simulacros (sin los desmoralizadores jueces de campo) eran sencillamente unas fiestas militares, sin utilidad técnica; pero ahora que Alemania los ha vuelto á poner en moda, lloramos á lágrima viva, porque no podemos comprar el *traje de moda*, llevando cien mil hombres á ganar batallas imaginarias. ¡Desgraciadamente, nos falta dinero!... y es lástima, porque es muy elegante seguir la moda; pero, no siguiéndola, ganaremos dinero, y espíritu militar, que buena falta nos hace.

Parece que, ya que no para otra cosa, las maniobras son útiles, como ensayos de movilización; pero éstos son igualmente inútiles: el ganado y el material, si se tienen convenientemente dispuestos, no hay más que sacarlos de cuando en cuando, en simples ejercicios de marcha; los cuerpos armados están en el mismo caso; pero los reservistas ya no están en el mismo caso: pueden acudir con gran puntualidad á un ejercicio divertido; y hacerse los remolones, cuando se trate del riesgo de la guerra.

Pero, ¿es que los alemanes son tontos, con sus pueriles innovaciones?

No son tontos; son otra cosa: son de los que engañan á los tontos.

Ya, Federico II hizo creer á Europa que el secreto de sus victorias consistía en la precisión de los movimientos del recluta, y en la columna procesional: el inocente Subisse, que creyó tal paparrucha, sufrió, por ello, una derrota memorable.

Después de 1870, embaucaron á Europa con las horripilantes cifras de sus ejércitos, y con sus teatrales maniobras.

Hace pocos años, las juntas técnicas suprimieron las bayonetas, substituyéndolas con el cuchillo de cocina; pero, apenas se desarmó Europa para imitar al indiscutible modelo, una orden imperial deshizo el cambio, como si este retroceso á lo antiguo fuese un caprichillo del joven Emperador, en desacuerdo con los sabios y con los veteranos; así Europa siguió con su engaño, y con sus cuchillos de cocina, cuyo éxito, en Cuba, nos ha explicado *Critón*, sin dejarnos duda de la inutilidad de tales dijes.

Ahora, continuando en su célebre sistema *engaña-bobos*, están echando á volar la especie de que, en las guerras futuras, la concentración se hará en el campo de batalla. Si algún imbécil enemigo de Prusia cree esa nueva paparrucha, será vencido en detall, antes de llegar al hipotético campo.

Antes de pasar adelante, he de observar, que las facultades físicas y morales se desarrollan con el uso; pero también se atrofian en la inacción: esos reservistas, tan famosamente preparados para la guerra, apenas hace un año que regresan á sus hogares, cuando ya no se acuerdan de la instrucción y de la milicia, si no es para maldecirlas. Ha bastado que yo esté algún tiempo en destinos sedentarios, para hacerme perder absolutamente la aptitud del tirador, sin embargo de que en tres ó cuatro ocasiones, en acción de guerra (1) y en caza mayor, había hecho blancos primorosos; y esta pérdida de aptitud me ha ocurrido á mí, después de muchos años de servicio: figúrense, los lectores, qué sucederá al paisano que veraneó dos años en la milicia.

En mí, no hay derecho para suponer que predique el amor á la ignorancia: para esto no me hubiera tomado la molestia de leer unos cuantos millares de volúmenes, en el transcurso de mi vida; pero he de confesar francamente que el elevado nivel científico no es nuncio de la victoria; y, en ocasiones, si se ha adquirido á costa de la aptitud física y de la experiencia, puede conducir á la derrota.

La fuerza inteligente vence á la fuerza bruta; pero la fuerza bruta vence á la inteligencia: estos son los verdaderos principios militares, que puede comprobar por sí mismo cualquier doctor, dándose de mogicones con un mozo de cordel.

¿Quién no ha oído, allá, en 1870, que los soldados prusianos llevaban en la mochila los planos topográficos de toda Francia? ¿Quién no ha leído la peregrina especie de que el maestro de escuela alemán había vencido al maestro de escuela francés? ¿Quién no se enteró de los vaticinios de un general teórico (que no obtuvo resultados, posteriormente, al frente de un ejército), el cual anunció que los oficiales de la escuadra y del compás, prusianos, vencerían á los prácticos franceses?

Efectivamente, los soldados alemanes llevarían quizá alguno de esos ridículos pañuelos, con un mapita, que también fueron moda en España, y que son absolutamente inútiles, porque lo que necesita conocer el soldado no es el mapa en pequeña escala, sino detalles del terreno, que no figuran ni aun en planos detallados, que rara vez se pueden tener á mano en los Estados Mayores.

En cuanto al pacífico maestro de escuela, vencería, si era reservista, y usó el fusil para conseguir la victoria, juntamente con los demás soldados.

(1) Como ejemplo, pues soy de los que creen que el oficial no debe hacer fuego á distancia.

Y en lo tocante á *la escuadra y el compás* de los oficiales prusianos, parece que casi no ha existido más que en la imaginación de crédulos escritores (1).

Desde el siglo XVII, sin más paréntesis que el producido por la guerra napoleónica, Europa no ha hecho otra cosa que admirarse de las victorias prusianas, buscar su origen en las profundidades de la ciencia, y procurar repetir las, por medio de la imitación de detalles pueriles.

Se reconoce que Federico fué un genio, y Moltke un sabio que redujo la victoria al inevitable resultado de una ecuación trascendente; se considera indispensable el cabo prusiano, con su vara, para formar soldados; el casco, con el llorón, para formar generales; los sistemas de reclutamiento de aquella nación, son igualmente imitados...

Y el secreto de las victorias prusianas no parece.

Pero yo lo he descubierto (asómbrense los lectores), y voy á publicarlo.

Hay una ley de la Naturaleza que, como todas las demás de su especie, no puede ser alterada por los hombres; según esa ley, la actividad predomina sobre la pasividad; y, por lo tanto, la ofensiva sobre la defensiva. Esto lo saben los soldados, los curas, los labriegos, todo el mundo; y por eso dicen que el que pega primero pega dos veces.

Federico y Moltke, sin tener más mérito ni más sabiduría que otros generales, vencieron, porque no tuvieron la presunción de creer que las leyes de la Naturaleza pueden ser alteradas: se movían, mientras sus enemigos estaban quietos; y vencieron, porque no tuvieron á su frente, por ejemplo, un Duque de Alba, que se moviera más que ellos y con más acierto. Ni la columna procesional de Federico, ni el ataque brutal y paralelo de Moltke, son modelos más dignos de imitación que otras particularidades del ejército prusiano, que tampoco merecen el honor del plagio.

Y no hablo así por vituperar á los prusianos: lejos de eso, los aplaudo, como aplaudo siempre al que hace lo necesario para vencer al enemigo que tiene enfrente; pero lo que, por regla general, ha de ser peligroso ó contraproducente, no debe ser imitado. Aún diré más: *el que sigue á otro no puede precederle* (2); y Prusia seguirá triunfando, mientras se la imite, hasta en lo que es incompatible con la naturaleza de los imitadores.

Demostrado que ni la ciencia ni las instrucciones teatrales pueden convertir el ciudadano pacífico en buen soldado, falta saber si podría hallarse el necesario contingente de voluntarios escogidos para formar soldados de profesión.

Sin embargo de que, en España, todas las clases militares están bastante peor retribuidas que sus similares del extranjero, contamos, entre Alabarderos, Carabineros, Guardia civil, y oficiales de todas clases (muchos de ellos procedentes de la de tropa), con 65.000 hombres, que ejercen voluntariamente la profesión militar, quedando infinitos pretendientes sin plaza, por falta de vacantes, á pesar de las muchas exigencias de talla, conducta intachable, edad y aptitud científica, que dificultan el ingreso en los respectivos cuerpos. Tendríamos, pues, exce-

(1) Véase, á propósito de esto, el juicio que inserta el *Memorial de Artillería* (Junio, 1899) y que no es favorable á la sabiduría de los oficiales alemanes.

(2) Frase que Dumas pone en boca de uno de los personajes de sus novelas.

sivo número de pretendientes, para escoger á nuestro sabor; pero, para esto sería necesario que no se repitiesen los conocidos rasgos de *esplendidez* en el señalamiento de los haberes.

El más dilapidador de estos rasgos fué el de la creación de voluntarios de la República, con el haber de una peseta diaria, ó sea la mitad del jornal del peón caminero, que no arriesga su pellejo, ni deja de dormir ninguna noche en su cama, buena ó mala.

Me explicaré de otra manera:

Queremos un soldado que reúna las más grandes virtudes, valor heroico, abnegación sin límites, honradez acrisolada, energía indomable, perseverancia tenaz, y, además, una robustez y una aptitud física á toda prueba.

Pero no queremos que su manutención nos cueste más que la de una acémila, lo cual es absurdo.

Yo creo que el haber del voluntario no debe bajar de dos ó tres pesetas; y suplico á los señores contribuyentes que no se escandalicen: un ejército de cuarenta ó cincuenta mil voluntarios (es decir, próximamente igual á aquel con que dominábamos gran parte del mundo (1), con el haber indicado, siempre que no tuviera más oficiales que los precisos, costaría, poco más ó menos, lo que cuesta uno de esos cuerpos de veinticinco mil á treinta mil oficiales, que hoy existe en cada nación.

El aumento del haber, aun no sería suficiente atractivo, para jóvenes ganosos de honor y de gloria: sería también preciso rodear de prestigio el uniforme del soldado, considerándolo como una ejecutoria de nobleza. Convendría, pues, que cada cuerpo tuviese un cierto número de trabantes, para el servicio personal de los oficiales y colectivo de la tropa (confección de ranchos y limpieza de locales), con lo cual, además del mayor decoro, que facilitaría el ingreso de jóvenes de familias distinguidas, el efectivo se conservaría intacto para el combate. Otras varias medidas, que sería prolijo detallar, coadyuvarían á alcanzar el expresado fin.

Para evitar que la instrucción de la tropa fuese un motivo de emulación entre los cuerpos, interesados en dedicarse á obtener la perfección de exterioridades teatrales, que son las que obtienen los aplausos del público, habría un sólo centro de instrucción de reclutas, situado en comarca donde no faltasen montañas para robustecerse, y corrientes de agua para aprender la natación. La instrucción, eminentemente práctica, comprendería toda clase de ejercicios corporales, el servicio de seguridad y exploración y la táctica, con continuas explicaciones orales, dadas por los maestros, y que tuvieran por objeto grabar indeleblemente en el ánimo del soldado, la idea de que la serenidad en las maniobras y en la puntería, la tenacidad en la defensa, y la impetuosidad en el ataque, son los mejores medios de economizar la sangre propia y obtener el triunfo.

(Continuará.)

G. M. SECO,

Coronel de infantería.

(1) Lo cual Alemania no ha conseguido, ni conseguirá, con sus millones de ciudadanos armados.